

como hoy la exploración del espacio distrae nuestra atención de los problemas internos e internacionales). El orgullo del caballero medieval a menudo era ridículo, pero por lo menos era responsable socialmente. Hoy día, en la nueva ciencia, el orgullo tiene una nueva mística, y ha hecho posible que el hombre actúe con dignidad basándose en juegos aún más complejos y esotéricos que los que se jugaban en la época medieval.

Para muchos, será obvio que esta línea de pensamiento anticipa el ataque sincero y poético de Rousseau a la ciencia, pero esto es adelantar el relato. Además, para comprender los problemas angustiosos de esa época, es importante no darle crédito a Rousseau por ningún ataque original contra la ciencia. El mundo medieval no decayó "súbitamente". Hubo varios siglos de transición, de la síntesis de Santo Tomás de Aquino al nuevo punto de vista de Newton, y estos siglos se caracterizaron por una angustiada busca de las verdaderas fuentes de la salvación humana (Haydn, 1950). El hombre advirtió que había vanidad en la ciencia y también en la teología racional. Los humanistas del Renacimiento no vieron con buenos ojos un estudio de la naturaleza que rebajaba al hombre (Cassirer, Kristeller y Randall, 1948, pp. 19-20). Los grandes escépticos, como Maquiavelo, Montaigne y Cornelio Agripa, no pudieron soportar la fácil coexistencia escolástica de la razón y la moral, que había sido continuada por los humanistas del Renacimiento. Haydn llama a este último movimiento el "Contrarrenacimiento", y los escritores católicos lo llamaron el "Renacimiento falso"; esto fue parte de la gran inquietud de la época: ¿Dónde debía buscar el hombre una moral y una dignidad verdadera y confiable? ¿En las ciencias, en la religión filosófica o en la fe pura? La "vanidad de las ciencias" continuó siendo atacada por Pascal en el siglo xvii, y también él hizo eco del ataque general contra la institución de la propiedad privada: es obvio que estos siglos de transición de un sistema intelectual razonable a otro se corrompieron en un sentido totalmente social, y ni la razón del hombre ni su adquisición personal de conoci-

mientos y bienes ayudó en este aspecto. Desde luego, en la época de Rousseau, ya se había alcanzado el nadir, y cuando Jefferson vio al París prerrevolucionario supo que la civilización europea tradicional tocaba a su fin. La Revolución Francesa sólo fue el funeral de un cambio de sistema que ya había durado varios siglos.

### *El problema de una visión unitaria*

El dilema del nuevo optimismo, de la antigua nostalgia, de los logros intelectuales y de las continuas perturbaciones sociales, parece ser la esencia de este periodo; pero hagamos una pausa y reflexionemos un momento, y advertiremos las plenas implicaciones del dilema del Renacimiento tardío y de la Ilustración: *el problema de este periodo es el mismo que tenemos hoy día, ¿cómo reconciliaremos la ciencia con los grandes designios de la vida humana? ¿Puede la ciencia sola darnos una visión unitaria en que el hombre tenga un lugar prominente? Apenas estamos contestando esas preguntas, y por ello difícilmente podemos esperar una solución de los pensadores de aquella época; pero abordaron varias veces el problema, con enfoques que contienen ideas sólidas y precisas para nuestros esfuerzos actuales. Considerémoslas brevemente.*

El problema de la unidad del conocimiento en la sociedad occidental data del surgimiento del conocimiento en Grecia, y desde Platón varios pensadores lo han tratado (cf. Flint, 1904, que ofrece una excelente investigación). La decadencia de la cosmología medieval sólo señaló un incremento de la energía dedicada al problema, ya que la unidad teocéntrica se había perdido. Los mismos pensadores responsables de esta pérdida tuvieron que dedicarse a estudiar el antiguo problema, y debieron ofrecer esquemas para la unificación del nuevo pensamiento científico. La necesidad de unificación se sintió más agudamente porque la época se encontraba trastornada, y el hombre no se sentía cómodo en el mundo.